

bién estalla en las otras regiones de México que pasan por una situación similar (a excepción del caso de Yucatán). Los críticos de esta tesis sostienen que quienes la sustentan no pueden identificar los grupos alienados al sistema ni probar el estado mental de insatisfacción de los sectores oponentes. Wasserman nos ofrece suficiente evidencia empírica para identificar quiénes fueron los revolucionarios y por qué se rebelaron.

En conclusión, el libro es un estudio bien documentado que permite avanzar nuestra comprensión de la historia de la Revolución Mexicana y de la región nortehña e interesará a los estudiosos de las ciencias sociales.

Gustavo VEGA CÁNOVAS
El Colegio de México

Soledad GARCÍA MORALES, *La rebelión delahuertista en Veracruz (1923)*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1986, 173 pp.

En la última década, la historia de los años veinte en el estado de Veracruz ha sido el objeto de crecientes atenciones. A partir de la publicación de las obras de Romana Falcón y de Heather Fowler Salamini, mucha de esa atención se ha enfocado a la creación de un bloque campesino y su alianza con el "jacobino" o "radical" gobernador Adalberto Tejeda. Esas obras fueron pioneras en la apertura de la historia regional de esta entidad, pero dejaron una notable ausencia en la historia política: la oposición. Por fin tenemos a la mano un libro de Soledad García Morales que marca el acontecimiento por excelencia que aglutinara varios elementos de oposición, tanto dentro como fuera del estado de Veracruz: la rebelión delahuertista.

La materia escogida por la autora es sumamente compleja, y se ve especialmente en el desarrollo de los primeros seis capítulos del libro. En ellos, que podríamos llamar antecedentes, la autora tiene que conjugar la muy inestable relación que guardaban el gobierno del estado y el presidente Obregón. Aquel espacio entre centro y periferia fue el campo fértil para el desarrollo de la oposición dentro del estado; dio pauta para que los grupos de latifundistas, casatenientes, comerciantes e industriales opuestos al discurso y acciones de Tejeda (quien pretendía modificar las relaciones entre tra-

bajadores y capital), buscaran alianzas con un aparato federal, el ejército y explícitamente con el general Guadalupe Sánchez —también veracruzano y terrateniente. A la vez, este último anhelaba la gubernatura de la entidad y por ende nutría a los grupos de presión centrados principalmente en la ciudad y puerto de Veracruz.

En los años que van de 1920 a 1923, vemos en el libro el desarrollo de la necesidad mutua de una alianza entre Tejeda y el campesinado, apenas en vías de su formal organización. Este proceso es lo que da lugar a una escalada en la oposición de los capitalistas, recurriéndose a Obregón y a Sánchez para que sancionaran sus actos violentos en contra de campesinos solicitantes de tierras, o de trabajadores huelguistas en las ciudades. Incluso, para 1923, parecería que la oposición lograría su objetivo —derribar a Tejeda y su política—, e incidir en el nombramiento de su sucesor, ya que Obregón se manifestó abiertamente en contra del gobernador a raíz de un zafarrancho en el palacio municipal de Puente Nacional.

Si lo que determinaba la oposición se hubiera quedado constreñido a lo específicamente veracruzano —¿quién ocuparía la silla en el palacio en Xalapa?—, quizás hubieran caído Tejeda y su grupo. Sin embargo, éste no estuvo sin protección a nivel federal, contando con el apoyo del “destapado”, Plutarco Elías Calles. Entonces, la sucesión presidencial también tenía que figurar en los cálculos de la oposición local, determinaría su acercamiento al grupo que rodeaba a Prieto Laurens y que optaría por la candidatura de Adolfo de la Huerta.

En el desarrollo de esta conflictiva situación de las sucesiones federal y estatal, la autora describe un aspecto muy interesante, mas no explota su relevancia. Si bien dentro del bloque político que aglutinaba Tejeda hubo consenso público respecto a la candidatura de Calles, no lo hubo respecto al futuro gobernador. Aunque la maestra García nos describe los pleitos ocurridos entre los que sustentaban la planilla Calles-Meza por un lado, y los que enarbolaban la bandera de Calles-Jara, a fin de cuentas no nos dice de qué manera esta lucha incidía o no en el curso de eventos por venir —la rebelión. Si es que esta división en el seno del bloque tejedista no tenía importancia para el fenómeno estudiado, tal vez hubiera sido mejor dejarla a un lado, para no intrincar demasiado la exposición de esta compleja materia. Pero si por el otro lado tenía un significado para la rebelión, entonces requiere de un trato más atento.

A fin de cuentas, cuando ya era patente la inminente rebelión en Veracruz, secundada por Guadalupe Sánchez, el gobierno fe-

deral recurrió a las fuerzas que había criticado apenas meses antes, las que aglutinaba Adalberto Tejeda.

Llegado a este punto en el texto, los siguientes dos y últimos capítulos se dedican a la rebelión, señalando la importancia estratégica del estado y en especial del puerto, ya que nuevamente Veracruz fue declarada capital provisional del país bajo el mando de las fuerzas rebeldes.

Si bien la presentación minuciosa de los antecedentes de la rebelión fue necesaria para el desarrollo de la obra, la parte que trata el punto central muestra cierta debilidad. Los grupos presentes en el auge de las tensiones contra Tejeda y la candidatura de Calles comienzan a desaparecer de la narrativa, para dejar lugar a las penurias del movimiento y los enfrentamientos militares. En estas páginas resurgen las conclusiones de Falcón y Fowler en cuanto a la importancia de la alianza desarrollada entre Tejeda y la ya formada Liga de Comunidades Agrarias, bajo la dirección de Úrsulo Galván —una mancuerna armada que repercutió en el desenlace de la rebelión y el futuro desarrollo del Estado mexicano. Además, sería muy interesante saber qué pasó en distintas partes del estado de Veracruz —en el valle de Orizaba, por ejemplo, centro industrial y de numerosos conflictos entre empresarios, obreros y el gobierno de Tejeda.

Mientras se reconozca la validez de aquel enfoque, creemos que no agota el significado de la rebelión delahuertista en Veracruz. Sería sumamente interesante que el libro se reedite con un capítulo final que intente poner la rebelión en perspectiva. Una pregunta que podría hacer es la siguiente: ¿si las organizaciones patronales fueron tan acérrimos enemigos del régimen de Tejeda en Veracruz, qué les pasó después de la rebelión? Los nombres que aparecían entre los hacendados o comerciantes opuestos a Tejeda a principios de la década de 1920, no desaparecieron de las nóminas del capital, ni siquiera hasta hoy día. ¿Qué pasó? ¿Será que los capitalistas se “disciplinaron” después de la derrota militar? ¿O será que el levantamiento y su repliegue no terminaron con las contradicciones fundamentales en el estado, y la oposición no desapareció?

Estas preguntas son de índole particular para el caso de Veracruz. Sin embargo, un balance de este libro también podría señalar aspectos más generales como por ejemplo: ¿la derrota militar implicaba un paso determinante en la subordinación del ejército al poder civil? o ¿será que el impacto de la rebelión en perspectiva se reduce a mostrar el naciente proceso de alianza entre el Estado y las clases trabajadoras o su cooptación por el primero?

Aunque el proceso fue paulatino, puede pensarse que la rebelión delahuertista fue un verdadero parteaguas, tanto para el estado como para el país —con la gran excepción de las regiones alzadas bajo la bandera de Cristo Rey—, donde se mostraba la dificultad de realizar una sonada rebelión, frente a los intentos de establecer un régimen institucionalizado (no es por casualidad que Heather Fowler califique a Tejeda como un caudillo institucional) que forzaría la negociación de conflictos. No es coincidencia por ejemplo que Veracruz fuera el escenario, bajo los auspicios de Tejeda, de intentos tripartitos —gobierno, capital y trabajo— para hacer frente a la crisis estructural de la industria azucarera del país.

Y finalmente, el libro se desarrolla sobre la relación entre el estado de Veracruz y el centro del país. Sin embargo, la rebelión no fue un fenómeno único para esta entidad; una referencia a las particularidades y generalidades del movimiento, con especial atención a otras regiones, contribuiría a una nueva versión del libro.

No obstante esta crítica, hay que reconocer la validez de la obra, que abre un espacio para discutir de nuevo esa década de los veinte como un “laboratorio” de la Revolución, pero desde la perspectiva de los contras. La redacción es clara y se basa en un buen manejo de información documental extraída principalmente de dos fuentes muy opuestas: el archivo de Tejeda y las páginas de *El Dictamen*, periódico porteño, y vocero del grupo opositor. La autora lamenta no haber podido consultar el Archivo General de la Nación, fondo Obregón-Calles, por no haber estado abierto al público cuando en 1980 se presentó la primera versión mimeografiada del libro. Estamos de acuerdo con ella, que esa consulta hubiera contribuido a una mayor profundidad en el tratamiento del tema. Pero también algunos materiales a la mano en aquel entonces habrían sido útiles para la comprensión de los actores en la rebelión que a fin de cuentas son reducidos a etiquetas como: militares, terratenientes, agraristas, etc. Por ejemplo, una lectura del artículo de Hans Werner Tobler sobre el carácter del ejército revolucionario habría ayudado en mucho para explicar el comportamiento de un Guadalupe Sánchez, en lugar de quedarnos con una conclusión como:

Los ascensos de Guadalupe Sánchez fueron producto, en su mayor parte, de su habilidad en la eliminación de personas no adictas al régimen, más que resultado de su participación militar en el campo de batalla, pues en el transcurso de su carrera no llegó a considerarse como un militar distinguido. (p. 74).

Quizás esta cita es la más clara en una serie de elementos del libro que muestran un deseo de hablar en términos de blanco y negro; y si el haber sido “malo” Sánchez dependía de no haber sido un militar distinguido, pues Tejeda tampoco lo fue. Así pues, sería importante reflexionar el porqué y cómo un movimiento de oposición se finca en ese ejército “paradójico”.

David SKERRITT